

ANNE
GRAHAM
LOTZ

JESÚS
EN MÍ

El gozo de la eterna compañía
del Espíritu Santo

○
ORIGEN

JESÚS EN MÍ

El gozo de la eterna
compañía del Espíritu Santo

ANNE GRAHAM LOTZ


ORIGEN

Título original:
Jesus in Me
Experiencing the Holy Spirit as a Constant Companion

Primera edición: octubre de 2019

Esta traducción es publicada bajo acuerdo con Multnomah,
sello editorial de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

Publicado en asociación con Alive Literary Agency,
7680 Goddard Street, Suite 200
Colorado Springs, CO 80920
www.aliveliterary.com

© 2019, Anne Graham Lotz
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial USA, LLC.
8950 SW 74th Court, Suite 2010
Miami, FL 33156

Traducción: María José Hooff
Adaptación del diseño de cubierta de Kristopher K. Orr: Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada:

The Entrance (La entrada): Khomkrit Chuensakun
Brushed Gold (Oro cepillado): George Peters / E+ via Getty Images
Liquid Gold (Oro líquido): Lawrence Sawyer / E+ via Getty Images

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la Nueva Versión
Internacional® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.®
Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la
creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión
y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes
del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo
que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente
esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler
o préstamo público sin previa autorización.

ISBN: 978-1-644730-41-6

Impreso en Estado Unidos — Printed in USA

Penguin
Random House
Grupo Editorial



Dedicado a los solitarios



*A estos Dios se propuso dar a conocer cuál es la gloriosa
riqueza de este misterio entre las naciones, que es Cristo
en ustedes, la esperanza de gloria.*

COLOSENSES 1:27

Contenido



<i>Introducción: El gozo de la eterna compañía del Espíritu Santo</i>	15
---	----

Primera parte: Amar a la persona del Espíritu Santo	19
1. Nuestro Ayudador	25
2. Nuestro Consuelo	28
3. Nuestro Defensor	32
4. Nuestro Intercesor	35
5. Nuestro Consejero	39
6. Nuestra Fortaleza	46
7. Nuestra Persona de Confianza	55

Segunda parte: Disfrutar de la presencia del Espíritu Santo	59
8. Su presencia en la eternidad	65
9. Su presencia en la historia	69
10. Su presencia en la humanidad	81

Tercera parte: Confiar en el poder del Espíritu Santo	93
11. Su poder para transformar	100

12. Su poder para transformarnos a ti y a mí	110
13. Su poder para transformar a otros.....	120

Cuarta parte: Abrazar el propósito

del Espíritu Santo	129
14. Él nos despierta.....	135
15. Él nos guía.....	144
16. Él nos enciende.....	151
17. Él nos moldea.....	156
18. Él nos equipa.....	162

Quinta parte: Vivir en los principios

del Espíritu Santo	169
19. Sus principios son verdad	174
20. Sus principios son dignos de confianza	179

Sexta parte: Reflejar la pureza del Espíritu Santo.....

21. Su pureza se ejemplifica en Jesús	194
22. Su pureza se embellece en nosotros	200
23. Su pureza se magnifica en nosotros	209

Séptima parte: Confiar en la provisión

del Espíritu Santo	219
24. Confiar en su promesa.....	223
25. Confiar en su sello.....	227
26. Confiar en su conocimiento	230
27. Confiar en sus oraciones	237

Conclusión. El enfoque inquebrantable

<i>del Espíritu Santo: Jesús.....</i>	<i>250</i>
---------------------------------------	------------

Apéndice A. Cómo escuchar el susurro de la voz

<i>del Espíritu Santo al leer la Biblia</i>	<i>269</i>
---	------------

<i>Apéndice B. Cómo llenarse del Espíritu Santo</i>	
<i>y mantenerse así</i>	<i>274</i>
<i>Apéndice C. Una autoevaluación</i>	
<i>del pecado</i>	<i>285</i>
<i>Apéndice D. Dones del Espíritu</i>	<i>287</i>
<i>Con gratitud a mis familias</i>	<i>304</i>
<i>Notas</i>	<i>308</i>
<i>Acerca de la autora</i>	<i>327</i>

Introducción



EL GOZO DE LA ETERNA COMPAÑÍA DEL ESPÍRITU SANTO

Cuando estoy en casa, y siempre que el clima me lo permite, salgo a caminar o correr dos millas y media (cuatro kilómetros) todas las mañanas. Esta ha sido mi rutina por más de treinta años. A medida que me hago mayor, también me vuelvo más agradecida por poseer la capacidad física para mantener este ejercicio. He sido consistente y comprometida con esta actividad, no solo por los beneficios físicos, sino porque es una forma de liberar el estrés. Las cargas del día parecen aliviarse durante esos treinta o cuarenta minutos que me toma completar mi rutina.

Con el pasar de los años, he tenido distintos compañeros de caminata que luego han cambiado de ejercicio o lo han dejado completamente. La amiga que, de vez en cuando, camina conmigo actualmente es una delicia. Mientras caminamos, entablamos conversaciones muy animadas, resolvemos los problemas del mundo, compartimos nuestra percepción de las Escrituras y, muchas veces, terminamos orando la una por la otra. Su compañía me ha hecho consciente de una faceta importante de mi rutina. Cuando me acompaña, el camino no parece tan largo ni tedioso como cuando estoy sola. Cuando está conmigo, parece que tengo más alegría, más energía y el tiempo parece volar. De alguna manera, su presencia hace más simple mi caminar.

Por otro lado, cuando camino sola, la rutina parece más difícil y más larga. Los músculos de mis piernas parecen más tensos y no se estiran en pasos largos, me duelen las rodillas cuando acelero, me cuesta más respirar, mi mente cambia a neutral y solo me esfuerzo por llegar hasta la próxima curva, al siguiente árbol, al tercer puente que marca el ascenso al estacionamiento y a mi auto, donde finalmente me inclino para estirarme. Aunque el recorrido, el ritmo y la duración de la rutina son iguales, ya sea que camine sola o con alguien más, una buena compañía hace una gran diferencia en mi disfrute y bienestar.

Eso me lleva a la caminata de la vida. Vivir día tras día, semana tras semana, año tras año conlleva esfuerzo, energía, compromiso, enfoque y reflexión.

Para ser completamente honesta, soy lo suficientemente mayor como para saber que el camino de la vida nos lleva a través de dolores y sufrimientos emocionales, físicos, relacionales y espirituales. Algunos son insoportables, otros perturbadores, otros son más serios y hasta amenazan la vida. Por momentos me encuentro esforzándome por superar un día, un mes, un año. *Si pudiera al menos llegar hasta el receso de Pascua. Si pudiera al menos ir a la playa para nuestras vacaciones. Si pudiera tan solo esperar hasta Navidad.* Hay momentos en que cumplo con un compromiso solo para tacharlo de mi lista y continuar con la siguiente tarea, para, a su vez, poder pasar a la que le continúa. El camino en sí mismo se vuelve una carga, se vuelve monótono.

Lo que he necesitado es un compañero que camine conmigo, alguien que esté a mi lado y comparta día tras día cada paso de mi camino. Alguien con quien pueda discutir los asuntos que tengo en mente y que responda mis preguntas. Alguien que me ayude a tomar decisiones, que escuche mis quejas, mis miedos, mis preocupaciones y mis sueños. Alguien en quien pueda confiar y creer, con quien pueda disfrutar. Alguien cuya sola presencia me dé gozo y paz. Alguien que me conozca, me entienda y me ame.

¿Dónde he encontrado a ese compañero? Sorpresivamente, como una hija de Dios, no tuve que buscar a mi alrededor para hallarlo, solo tuve que buscar en mi interior, porque Dios me ha dado el mejor compañero para la vida: su Espíritu. Y no solo para la vida, ¡sino para siempre!¹

No es mi intención en este libro hacer una disertación completa y profunda sobre el Espíritu Santo, ni explorar todas las formas en las que puede ser comprendido o malinterpretado, utilizado o abusado, normalizado o usado con fines sensacionalistas, priorizado o abandonado. Lo que quiero contar es mi experiencia personal con este compañero divino. Aunque no creo saber ni el principio de todo lo que hay que saber sobre Él, estoy aprendiendo a disfrutarlo y a confiar más y más en Él. Inevitablemente, cuanto más aprendo del Espíritu Santo, más me doy cuenta de que tengo aún mucho por aprender. Pero una cosa tengo por segura: Él no es una opción adicional en mi vida cristiana, es una necesidad divina.

La necesidad indispensable del Espíritu Santo nunca ha sido tan evidente en mi vida como lo fue mientras escribía este libro. Cuando comencé el desafío de poner mis palabras en una página, mi padre de noventa y nueve años se fue al Cielo. Yo ya era viuda y cuando él se fue a su hogar celestial, también quedé huérfana. Seis meses después me diagnosticaron cáncer de mama, atravesé una cirugía y luego comencé el tratamiento cruel de la quimioterapia. Durante los momentos malos y los buenos, en las lágrimas y el gozo, en el dolor y el consuelo, he sentido la compañía constante del Espíritu Santo.

Día tras día, he aprendido que Él es todo lo que es Jesús, pero sin un cuerpo físico. Es Jesús sin carne. Del mismo modo en que Jesús es la imagen exacta de Dios Padre, el Espíritu Santo es la imagen exacta de la mente de Jesús, su voluntad y sus sentimientos. Él es el Jesús invisible. El Espíritu Santo es... ¡Jesús en mí!

ANNE GRAHAM LOTZ

Primera parte



AMAR A LA PERSONA DEL ESPÍRITU SANTO

Ustedes lo aman a pesar de no haberlo visto.

1 PEDRO 1:8



¿Alguna vez te has formado una idea o una opinión acerca de alguien basándote en lo que otros te han dicho y cuando conociste a esa persona descubriste que en realidad era muy diferente a lo que te habían hecho creer?

Recientemente, recibí una invitación para estar en un programa de televisión conducido por una pareja que había estado hacía poco tiempo en las noticias y había recibido muy mala publicidad. Sin quererlo, me había dejado influenciar por esa actitud pública denigrante. Casi rechazo la invitación, pero cuando algunos asesores respetados me pidieron que la aceptara, lo hice, y descubrí algo completamente distinto a lo que me habían hecho creer.

La pareja era humilde, cálida, encantadora, atenta, alentadora y comprensiva. Era agradable hablar con ellos y mi espíritu resonaba con el de ellos. Hasta el día de hoy, me sigue sorprendiendo la diferencia entre la percepción que el público tiene de ellos (y mis ideas preconcebidas) y su verdadera personalidad agradable, así como su testimonio auténtico.

Así como nuestra percepción acerca de otras personas puede ser muy diferente a lo que son en realidad, puede suceder lo mismo con nuestra percepción del Espíritu Santo. ¿Tu percepción puede diferir de la verdad o incluso ser casi contraria a ella?

He oído hablar del Espíritu Santo como “algo”, un sentimiento, una paloma, una llama de fuego, un fantasma, una emoción o hasta una experiencia eufórica. Muchas veces se le llama la tercera persona de la Trinidad, como si fuera el menos importante o un añadido al Padre y al Hijo, que son más importantes. Todo eso es incorrecto.

Si bien el Espíritu Santo puede simbolizarse con una paloma o una llama, si bien su presencia puede provocar una emoción, un sentimiento o una experiencia eufórica, Él está claramente separado de esas cosas. Él no es algo, es alguien. Su condición de persona queda clara en Juan 16, cuando “Él” es mencionado once veces en ocho versículos usando pronombres personales de género masculino.¹

Así que para comenzar a explorar quién es el Espíritu Santo, necesitamos aclarar que no estamos hablando de “algo”, sino de “alguien”. Él es una persona viva que tiene mente, voluntad y sentimientos. No se dice que es la tercera persona de la Trinidad porque sea el último, sino porque es la tercera persona que se revela completamente en las Escrituras.

En el Antiguo Testamento, aunque estaban presentes el Espíritu Santo y Dios Hijo —la Palabra viva que se hizo carne en Jesús—, quien se revela principalmente es Dios Padre. En los Evangelios, si bien el Padre y el Espíritu Santo están presentes, quien se revela principalmente es Dios Hijo. Al comienzo de Hechos y en las epístolas, aunque Dios Padre y Dios Hijo también están presentes, quien se revela principalmente es Dios Espíritu Santo. De hecho, el libro de Hechos no habla de los hechos de los discípulos o de la Iglesia primitiva. Es un libro sobre los hechos del Espíritu Santo y su obra en y a través de los discípulos y la Iglesia primitiva.

Si el Espíritu Santo es una persona con intelecto, voluntad y sentimientos, ¿cómo es Él realmente? ¿Cómo es su personalidad? ¿Cuáles son sus responsabilidades? ¿Te intriga esta persona

misteriosa? Personalmente, a mí sí, y aún hoy me sigue inspirando curiosidad. Una forma de conocerlo es a través de sus nombres.

En la Biblia, los nombres muestran el carácter de las personas que los llevan. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento, el nieto de Abraham se llamaba Jacob, que significa “impostor” o “sustituto”. Jacob fue un hombre que creció y engañó a su padre, Isaac. Al hacerlo, Jacob sustituyó a su hermano, Esaú, el heredero de la bendición de su padre. Su nombre estaba bien puesto.

Veinte años después de ese engaño, cuando Jacob regresó a reclamar su herencia, un ángel del Señor, quien era una manifestación visible y tangible del mismo Señor, no se lo permitió. Luego de luchar toda la noche, Dios le dislocó la cadera para forzarlo a rendirse, pero en lugar de caer al suelo pidiendo piedad, Jacob se abrazó a su cuello y le dijo que no lo soltaría hasta que lo bendijera. En ese momento, a la orilla del río que servía como frontera de la Tierra Prometida, el río donde habían luchado, Dios le indicó a Jacob que dijera su nombre, quién era: el impostor y sustituto. Luego, Dios cambió el nombre de Jacob al de Israel, que significa “un príncipe que tiene poder en Dios”. Como un hombre quebrantado, Jacob entregó su vida a Dios por completo y se convirtió en un príncipe con poder, el padre de doce hijos que fueron los padres fundadores de una nación que lleva su nombre: Israel.²

Tal vez el ejemplo más conocido de cómo un nombre revela el carácter de alguien se encuentra en el nombre que se le dio al Hijo de Dios. Se llamó Jesús, que significa “Salvador”, “Rescatador”, “Redentor”, “Libertador”, el único que nos salvaría del castigo y del poder del pecado.³ Su nombre define con exactitud quién fue... y quién es.

¿Y qué hay del Espíritu Santo? En Juan 16:7 Jesús le da un nombre que a menudo se interpreta describiéndolo como aquel que nos consuela, pero esta es una definición que necesita de varias otras para describir su significado correctamente. La versión de la Biblia

Amplificada [en inglés] del mismo versículo dice que esta palabra también se puede traducir así: “Pero les digo la verdad: les conviene que me vaya porque, si no lo hago, el Ayudador — Confortador, Defensor, Intercesor, Consejero, Fortalecedor, Confidente— no vendrá a ustedes; en cambio, si me voy, se lo enviaré —al Espíritu Santo— a ustedes [para que esté en comunión con ustedes]”. En los siguientes siete capítulos veremos las conclusiones personales y prácticas de cada aspecto de los nombres del Espíritu Santo como están numerados en la versión de Juan 16:7 de la Biblia Amplificada.

La experiencia de descubrir quién es el Espíritu Santo en cada paso de mi vida diaria ha sido una de mis alegrías más grandes y profundas. Cada nombre que se le ha dado (Confortador, Ayudador, Defensor, Intercesor, Consejero, Fortalecedor, Confidente) revela un nuevo aspecto de su carácter divino y ha causado en mí un amor profundo por quien es mi compañía constante..., Jesús en mí. Mi oración para este libro es que tú también puedas descubrirlo personalmente como tu compañía constante y que eso te lleve a amarlo más.



NUESTRO AYUDADOR

Cuando la salud de mi esposo Danny comenzó a decaer debido a la diabetes tipo 1 y sus complicaciones, prácticamente dejé de viajar y lo cuidé con alegría durante tres años. Una tarde de agosto, él estaba sentado junto a la piscina, jugando con nuestro perro y relajándose bajo el sol de verano. Yo me quedé dentro de la casa para hacer algunas tareas. De repente, me di cuenta de que hacía más de una hora que no iba a verlo, corrí hacia la ventana, miré hacia la piscina y vi que no estaba allí. Con alivio, creyendo que había entrado sin que lo viera, corrí por la casa buscándolo y gritando su nombre. No me respondía ninguna voz familiar, solo había silencio. Tuve un mal presentimiento cuando corrí nuevamente hacia la ventana y vi a nuestro perro sentado al borde del agua. Cuando lo llamé, se negó a venir. Corrí hasta la piscina y encontré exactamente lo que imaginaba.

No hay palabras para describir mi grito desesperado de ayuda; me lancé al agua, llevé a mi esposo hasta los escalones y sostuve su cabeza sobre mi falda. Aunque lo llamé una y otra vez, y hasta le rogué a Dios por ayuda, supe que tenía en mi regazo a un hombre que ya estaba en la presencia de su Señor. La expresión de su rostro demostraba fortaleza, confianza y completa paz.

Para superar lo que vino después, necesité mucho del Ayudador: para permanecer en línea luego de mi llamada al 911, cuando

llegó la ambulancia, para ver a los médicos corriendo por el jardín y apartando a Danny de mi falda, los helicópteros de los noticieros volando encima de la casa, la policía al lado de la piscina y cuidando la propiedad, los autos llenos de curiosos estacionándose en nuestra calle y, finalmente, la escena que no puedo borrar de mi mente: Danny en una camilla saliendo de nuestra casa por última vez.

En su gran compañía, el Ayudador también envió ayuda palpable: un capellán del departamento del alguacil que se quedó conmigo mientras los paramédicos se ocupaban de Danny; mi yerno, que me abrazó mientras se lo llevaban; mis hijos, que se sentaron conmigo en la pequeña sala de urgencias del hospital; nuestro doctor, que apareció junto a la cama de Danny y me alentó a ponerlo en reanimación cardiopulmonar... solo por si acaso.

Mientras caminaba por el valle de sombras que rodeaba a la despedida oficial de Danny durante la mañana del 19 de agosto de 2015, en todo momento sentí la presencia silenciosa, gentil y amorosa del Ayudador. Dos noches antes de nuestro aniversario número cuarenta y nueve, en lugar de disfrutar una cena de celebración juntos, tuve que enterrar a mi amado esposo.

Si describiera en este libro todo lo que recibí del Ayudador durante ese tiempo, no me alcanzarían las páginas. Él derramó en mí su ayuda al punto de que me encontré consolando a amigos y familia, hablando ese mismo 21 de agosto frente a cien hombres en un estudio bíblico que dirigía Danny, planificando el servicio de celebración y ultimando detalles del funeral. La increíble evidencia de su ayuda sobrenatural estaba en la alegría, la paz, la fortaleza y la clara presencia de ánimo que me ayudaron a sobrellevarlo, y no a duras penas, ¡sino como un triunfo absoluto! Nunca dejaré de alabar a Dios por “mi Ayudador”.¹

Hace poco, cuando revisaba mi correo electrónico, encontré una nota de la esposa de un hombre que había servido con Danny en la junta nacional de la Confraternidad de Atletas Cristianos. Su

esposo acababa de fallecer. Ella decía que lo había cuidado por más de cinco años y: “Nunca podría haber llevado la «carga con agradecimiento» si no hubiera dependido del Espíritu Santo”. Y supe con exactitud a qué se refería.



¿Cuál es tu testimonio? Ya seas un viudo o viuda como yo, que está aprendiendo a vivir una nueva realidad; o alguien que está invirtiendo su vida en cuidar a un cónyuge enfermo, a un padre anciano o a un hijo con discapacidad; o un padre intentando criar a sus hijos para que sean seguidores de Jesús en un mundo retorcido; o una persona de negocios que opera según los principios bíblicos de integridad; o un político que camina por la cuerda floja entre la verdad y la corrección política; o un educador que enseña valores junto con el currículo; o una víctima de cáncer que intenta atravesar el laberinto de las opciones quirúrgicas y los tratamientos, el Ayudador está dispuesto a socorrerte, a apoyarte y a darte alivio. Lo sé por mi propia experiencia. Solo llámalo.



NUESTRO CONSUELO

Sin el Ayudador no podría haber soportado los días posteriores a ese momento desgarrador en el que encontré el cuerpo de mi esposo inmóvil dentro de la piscina. No solo sentí su ayuda práctica en todo momento durante la crisis, sino que también experimenté su consuelo de una forma muy profunda.

Sentí el consuelo del Espíritu Santo en su rol de confortador durante momentos de gran tristeza (como la pérdida de dos bebés por abortos espontáneos, el diagnóstico de cáncer de mi hijo y sus dos separaciones, la muerte de mi amada madre, seguida de la muerte de mi padre o mi propio diagnóstico de cáncer). Sin embargo, nada, *nada*, se compara con el consuelo que Él me ha dado desde que Danny partió a la casa del Padre.

El Confortador no solo trabajó en mi interior para traer calma a mi corazón, sino que también envió a personas para darme consuelo con su amor, su cuidado y su presencia desde el momento en que Danny fue llevado al hospital. Durante las dos noches que estuvo con reanimación, nuestro hijo, Jonathan, se quedó con él, mientras que nuestra hija menor, Rachel-Ruth, vino a pasar la noche conmigo.

Yo sabía que Rachel-Ruth no se podía quedar mucho tiempo porque tenía tres niños que atender. Aunque nunca expresé esos

pensamientos, mi otra hija, Morrow, y su esposo, Traynor, me propusieron mudarse conmigo. Con una sonrisa traviesa, miré a mi yerno y respondí:

—Tal vez, pero tendrás que preguntarme a mí, tu suegra, si puedes vivir conmigo.

Con un brillo en los ojos y soltando una risa, Traynor me lo preguntó y me confesó que siempre había sido su sueño vivir con su suegra.

¡Así que Traynor y Morrow se mudaron ese mismo día! Pusieron todas sus pertenencias en cajas y vivieron en nuestras dos habitaciones de arriba por más de un año. No hay palabras para describir el consuelo que poco a poco me trajeron al instalarse en mi rutina, combinándola con la de ellos. Vivieron en mi casa por quince meses y nunca discutimos ni hubo altercados o tensión. Solo bendición. Por quince meses no pasé ni una noche sola en mi casa y eso me ayudó a aliviar la soledad repentina de formas que ellos tal vez nunca sepan.

Cada noche, mi hija preparaba la cena y nos llamaba a la mesa para una maravillosa comida. Luego de la cena, nuestra devoción siempre se enfocaba en las bendiciones de Dios. Noche tras noche. Semana tras semana. Mes tras mes. Algunas noches, Morrow y Traynor sentían que yo no estaba de ánimo y se levantaban, se acercaban, ponían sus manos sobre mí y mientras Traynor escribía las letras hebreas “YHWH” en mi frente, ambos oraban para que Dios me bendijera: “El SEÑOR te bendiga y te guarde; el SEÑOR te mire con agrado y te extienda su amor; el SEÑOR te muestre su favor y te conceda la paz”.¹ Y eso me traía consuelo.

Sabía que mi hija y mi yerno también estaban sufriendo, pero me recordaban de una forma conmovedora que el Espíritu Santo nos consuela mediante el amor y el cuidado de quienes nos rodean. Ellos le permitían al Espíritu utilizarlos como canales, como Dios prometió ser “quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones

para que, con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren”.²

El Espíritu Santo en persona me ha consolado en todos los ámbitos, todos los días, no solo con lo relacionado a Danny. A veces ha utilizado un pasaje de la Escritura en mi devocional para aliviar algún dolor oculto. A veces ha utilizado un correo o un mensaje de texto de una persona inesperada. A veces ha utilizado un pensamiento o alguna frase de un libro que estaba leyendo o un sermón que estaba escuchando.

Un día, luego de predicar en una iglesia grande, una señora se me acercó bastante tímida y me entregó un trozo de papel. Cuando regresé al hotel, abrí su nota y era un dibujo. Ella decía que el dibujo explicaba mejor cómo le había hablado el Señor a través de mi mensaje. Ella no tenía forma de saberlo, pero estaba atravesando la misma situación con la que yo estaba luchando y sentí que el Espíritu Santo me estaba trayendo consuelo a través de ese dibujo que aún tengo guardado en mi Biblia.

El Confortador pareció mover todos sus recursos cuando mi padre se fue al Cielo en febrero de 2018. Recibí la noticia por teléfono cuando estaba con una amiga. Inmediatamente, ella me envolvió en sus brazos y oró mientras ambas llorábamos. Desde ese momento, sentí el consuelo de mi familia que estaba conmigo y de cientos de amigos que dejaron muchos mensajes de voz y enviaron tantos mensajes de texto a mi teléfono que tuve que silenciarlo.

Nunca olvidaré la caravana que escoltó a papá por ciento veinte millas (más de ciento noventa km) desde Asheville, cerca de nuestra casa, donde él vivía en ese entonces, hasta Charlotte, Carolina del Norte, el hogar de su infancia, donde fue sepultado. El itinerario se había publicado con anticipación y la gente de Carolina del Norte se acercó a dar sus respetos. Durante todo el camino, los autos que aún no estaban alineados a los costados se movían a un lado de la carretera y se detenían, a ambos lados de la interestatal. Decenas

de miles de personas se paraban al costado de la carretera agitando carteles hechos a mano, sosteniendo Biblias o cruces en una mano y con la otra en su corazón, o saludando solemnemente. Vi a una madre con un recién nacido en brazos, un padre llevando la silla de ruedas de su pequeña tan cerca de la carretera como pudo, un rabino tocando un *shofar*, camiones de bomberos con la bandera estadounidense cubriendo sus escaleras..., en cada cruce todos transmitiendo que compartían el dolor de mi familia. En ese momento, era como si todo el mundo se hubiera detenido para dolerse y llorar con nosotros, y me sentí consolada.



¿Puede ser que hayas pasado por alto el consuelo del Espíritu porque vino de forma indirecta a través de alguien más o de algo? Como María Magdalena en la tumba vacía, ¿tus lágrimas te están impidiendo ver la presencia de Jesús que está junto a ti, *dentro* de ti?³ Mi oración es que Él utilice estas palabras para consolarte y que sientas la compañía constante del Espíritu Santo. Pídele que puedas ver de cerca a aquel que es Jesús en ti.



NUESTRO DEFENSOR

¿Alguna vez necesitaste un defensor? ¿Alguien que defienda tu causa y te favorezca ante los ojos de tu jefe, tu padre, tu suegra o el presidente de un comité? Uno de los nombres que se le da a la obra del Espíritu Santo es el de Defensor.

Durante una época de humillación pública, mi esposo y yo necesitamos que el Defensor abogara por nuestra causa cuando, básicamente, nos echaron de la iglesia donde habíamos sido miembros durante quince años. Mi esposo había sido presidente de la junta de diáconos, el líder de la confraternidad de hombres y el maestro de la clase de escuela dominical más grande de la iglesia. Sin embargo, las cosas comenzaron a descomponerse cuando el pastor principal se retiró y pusieron a Danny como encargado de la comisión que debía buscar un nuevo pastor. Danny tomó la posición firme e inflexible de sostener la verdad de las Escrituras, mientras que los otros miembros de la comisión, con una sola excepción, lo rechazaron. Durante una junta administrativa, un domingo por la mañana, lo removieron públicamente de la comisión al son de los aplausos que llenaban el santuario.

Varias semanas después de que sucediera esto, los diáconos también me separaron de la clase bíblica que daba a quinientas mujeres de la iglesia. Su miedo era que, mientras no hubiera pastor, la

presencia de mi clase influenciara a la congregación de una forma que ellos consideraban inaceptable. En los días siguientes, el periódico local escribió varias historias que contaban con detalle la expulsión de la hija de Billy Graham de una iglesia bautista. Si bien me contuve de criticar públicamente a la iglesia o a los que estaban en ella, en privado oraba para que el Defensor se pusiera de pie y me defendiera. ¡Y lo hizo! Un año después, en ese mismo periódico donde habían escrito sobre esos hechos humillantes, una descripción de dos páginas completas nos exoneró a mí y a mi clase de cualquier acusación.¹

Si has viajado con un equipo misionero, has trabajado en el liderazgo de una iglesia o te has involucrado en el ministerio fuera de tu hogar, seguramente has vivido tensiones o hasta relaciones que se terminaron. No queremos que esos problemas tan dolorosos crezcan dentro de la comunidad cristiana, sin embargo, suceden muy a menudo. En lugar de enojarnos, amargarnos o estar resentidos, este es un momento para acudir a nuestro Defensor y pedirle que intervenga en favor de nuestra causa.

El Defensor sabe lo que hace, y ha hecho cosas maravillosas. Lo vemos obrando a las sombras en el Antiguo Testamento. Él favorece a José frente a Potifar y hasta lo pone a cargo de todas sus riquezas; luego lo favorece frente al guardia de la prisión, que lo pone a cargo de todos los prisioneros; más tarde lo protege frente al faraón, quien lo nombra segundo al mando de Egipto, donde José salva al mundo (incluso a su propia familia) durante la gran hambruna.² Vemos obrar al Defensor cuando favorece a Nehemías, el copero del rey de Persia, para volver a Jerusalén y reconstruir los muros luego de años de exilio y cautiverio en Babilonia.³ Y, nuevamente, cuando respalda a la reina Ester frente al rey, posicionándola para salvar a su pueblo de la destrucción total.⁴

También, por supuesto, lo vemos obrar en el Nuevo Testamento. Cuando la Iglesia primitiva envía a los primeros dos misioneros: Pablo y Bernabé, quienes luego eligen a un joven para que los

ayude, Juan Marcos. Sin embargo, al empezar el viaje, Juan Marcos los abandona y regresa a Jerusalén.⁵ Cuando, tiempo después, regresan, Pablo y Bernabé dan un informe apasionante del impacto del Evangelio en el mundo gentil a la iglesia en Antioquía que los envió y al Consejo en Jerusalén. Luego de un tiempo de predicar y enseñar en Antioquía, Pablo sintió que estaba listo para emprender otro viaje misionero. Bernabé aceptó ir, pero quiso llevar a Juan Marcos. Pablo no estuvo de acuerdo porque el joven ya los había abandonado en el primer viaje y falló en cumplir su tarea. “Se produjo entre ellos un conflicto tan serio que acabaron por separarse”.⁶ Pablo y Bernabé fueron por caminos separados, Pablo llevó a Silas y Bernabé, a Juan Marcos. Si bien fue una gran bendición que el esfuerzo misionero se duplicara en dos grupos, era obvio que se necesitaba que el Defensor interfiriera para reconciliar a estos hermanos cristianos y compañeros de ministerio, por su propio bien y para prevenir una grieta en el desarrollo de la Iglesia primitiva.

Aunque la Biblia no nos da detalles, sabemos que al final de la vida de Pablo, antes de su ejecución, uno de sus últimos pedidos a Timoteo fue: “Recoge a Marcos y tráelo contigo, porque me es de ayuda en mi ministerio”.⁷ Obviamente, el Defensor había obrado con eficacia por la causa de Juan Marcos al punto de que él y Pablo se habían convertido en compañeros leales de ministerio.



¿De qué forma necesitas que alguien te defienda? Jesús prometió: “Y yo le pediré al Padre, y él les dará otro Abogado Defensor, quien estará con ustedes para siempre”.⁸ Sin importar si tu situación se traduce en un malentendido con tu vecino, una discusión dentro de tu iglesia, tensión en tu hogar, una difamación en tu universidad o un chisme en tu oficina, el Espíritu Santo está dispuesto a defenderte y a abogar siempre por tu causa. Pídeselo. Nunca ha perdido un caso.

Notas



Introducción: El gozo de la compañía constante del Espíritu Santo

1. Juan 14:16.

Primera parte: Amar a la persona del Espíritu Santo

1. Juan 16:7-14. La cantidad de pronombres que se usan para denominar al Espíritu Santo es de la Nueva Versión Internacional de la Biblia [en inglés] de 1978. El número puede cambiar en las distintas traducciones.
2. Encontramos la dramática historia del cambio de nombre de Jacob en Génesis 32.
3. Mateo 1:21.

1. Nuestro Ayudador

1. Hebreos 13:6.

2. Nuestro Consuelo

1. Números 6:24-26.
2. 2 Corintios 1:4.
3. Juan 20:11-14.

3. Nuestro Defensor

1. En los años siguientes, Danny ayudó a plantar una iglesia en crecimiento, donde una vez más presidió el consejo de ancianos y enseñó

NOTAS

- en la clase bíblica para adultos mayores. Con el tiempo, ayudó a plantar otras dos iglesias que en la actualidad están dando mucho fruto.
2. Génesis 39:1-23; 41:1-44.
 3. Nehemías 1:1-2:12; 6:15-16.
 4. Ester 5:1-9:16.
 5. Hechos 13:13.
 6. Hechos 15:39.
 7. 2 Timoteo 4:11.
 8. Juan 14:16, NTV.

Acerca de la autora



Anne Graham Lotz habla por todo el mundo con la sabiduría y la autoridad que vienen de estudiar la Palabra de Dios durante muchos años. Su padre, Billy Graham, la llamaba “la mejor predicadora de la familia”.

El *New York Times* la nombró entre los cinco evangelistas más influyentes de su generación. Sus eventos de avivamiento, denominados “Solo dame Jesús”, se han celebrado en más de treinta ciudades de doce países y han asistido miles de personas.

Anne es una premiada autora de diecisiete libros, y varios de ellos han sido *bestsellers*. Es la presidenta de AnGeL Ministries en Raleigh, Carolina del Norte, y fue presidenta del Grupo de Trabajo del Día Nacional de Oración de los Estados Unidos desde 2016 hasta 2017.

Ya sea como delegada en la reunión anual del Foro Económico Mundial, como comentadora en el periódico *The Washington Post* o como oradora revolucionaria en las plataformas de todo el mundo, el objetivo de Anne es muy claro: traer avivamiento al corazón del pueblo de Dios. Y su mensaje es consecuente: invita a las personas a tener una relación personal con Dios por medio de su Palabra.